

# Rumor carcelario: entre amenaza y resistencia

Entrevista a Emilio de Ípola

*María Elena Qués\**

En este texto la autora conversa con Emilio de Ípola y con la obra de este investigador argentino a partir de su artículo “La bembra, acerca del rumor carcelario”, publicado por primera vez en 1978, en México, durante su exilio. Dicho artículo causó interés en círculos académicos, políticos y sigue teniendo vigencia. En la charla, De Ípola reconstruye el contexto en que se generó aquel trabajo y ahonda algunas cuestiones acerca de las características y circulación de los rumores como forma de resistencia entre los presos políticos. Asimismo, repasa la trayectoria intelectual que lo llevó a interesarse en los problemas relativos al discurso y la ideología.

PALABRAS CLAVE: rumor, ideología, discurso, dictadura, prisión política.

In this text the author talks with Emilio de Ípola and with some of his main works through a discussion about “La Bembra”, an article published for the first time, in 1978 in Mexico, during his exile. This article gained attention in scholar and political contexts. In this interview, De Ipola examines the situation in which the text was written and develops other issues concerning the circulation of rumours as a kind of resistance among the political prisoners. He also explains his intellectual itinerary through the main issues related to discourse and ideology.

KEY WORDS: rumor, ideology, discourse, dictatorship, political prison.

BUENOS AIRES, 1976. Poco después del 24 de marzo, día del Golpe de Estado que diera inicio a una dictadura que se prolongaría durante siete años, Emilio de Ípola –como tantos otros intelectuales, sindicalistas y militantes políticos– fue secuestrado en su casa por un grupo del Ejército y, durante casi dos años,

\* Licenciada en Letras, egresada de la Universidad de Buenos Aires y especialista en análisis del discurso político. Docente-investigadora de las Universidades de Buenos Aires y de General Sarmiento [elenaques@gmail.com].

estuvo detenido en diferentes prisiones. Al salir de la cárcel radicó en México, donde permaneció hasta la restauración de la democracia en Argentina. En su exilio mexicano escribió y publicó por primera vez “La bamba”, un notable artículo sobre el funcionamiento del rumor entre los presos políticos. Recientemente reeditado por Siglo XXI Editores, el trabajo entreteje de manera singular el registro testimonial con las preocupaciones teóricas que habían marcado la trayectoria del autor desde mucho antes. El resultado es una brillante reflexión teórica y analítica acerca de los mecanismos de producción, circulación y recepción de la información y de los dispositivos que regulan la creencia en un contexto de amenaza extrema, como lo fueron las cárceles de la dictadura argentina. En esa atmósfera, las bombas eran instrumento de resistencia, fuente de vínculos solidarios, sutil materia de preservación de la identidad y la esperanza, modestas auxiliares en la organización de la vida cotidiana. Como señalara M. Zires (2005) en un trabajo dedicado al estudio del rumor en conexión con la problemática del saber y el poder:

El rumor –en relación con la bamba– es una trasgresión a los códigos institucionales, es una manera no sólo de resistir y enfrentarse ante las autoridades, sino de crear algo nuevo: un saber productor de un grupo, un saber organizativo con reglas particulares de funcionamiento que se constituye en poder grupal entre los detenidos.

Son precisamente las bombas, frágiles portadoras de información incierta, el núcleo de la extensa charla que mantuvimos con De Ípola. En ella, el autor reconstruye el contexto que generó su trabajo, la trayectoria intelectual que lo llevó a interesarse en los problemas relativos al discurso y a la ideología y los nexos con los temas abordados en otro de sus libros, *Las cosas del creer*.

—*Para empezar, creo que sería oportuno que nos contaras un poco acerca de las circunstancias de tu detención y el modo en que se produce tu encuentro con las bombas.*

—Cuando ocurre el Golpe del 24 de marzo yo era profesor en la sede argentina de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), que todavía no estaba constituida ni reconocida por el Estado. Funcionaba

como una entidad privada, pero siempre se la asociaba indirectamente a las Naciones Unidas. El 6 de abril, a la madrugada, cuando entré en mi casa, me encontré con una cantidad considerable de personas, ocho o nueve, vestidos de civil, armados con ametralladoras y revólveres. Un individuo de voz gruesa –no sabía si era del Ejército, de la policía o de las Tres A<sup>1</sup> porque estaba de civil– me interrogó mientras revisaba mis papeles.

Este nivel de incertidumbre acerca de la procedencia de los secuestradores es, desde el primer momento en que se pierde la libertad, una de las herramientas “de violencia más sutil y no menos sistemática: la cárcel política funciona como una máquina rigurosamente controlada y siempre perfeccionada, de desinformación. Dicho en términos simples: ningún detenido sabe o, mejor, ninguno debe saber lo que ha de ocurrirle en el futuro inmediato” (De Ípola, 2005:19). Lo mismo ocurre con la ausencia de pautas que permitieran explicar la irrupción de los captores o los motivos de la detención. Estas cuestiones debían, en todo caso, ser reconstruidas sobre la base de indicios sumamente ambiguos. Tales dispositivos de desinformación se complementaban con aquellos destinados “a que la autoridad carcelaria pueda disponer de una información precisa y total de la actividad y la conducta de cada detenido” (2005:25). También en este caso la asimetría entre saber y no saber se ponía de manifiesto desde el primer momento.

—*¿Estas personas argumentaban algo para explicar su presencia allí?*

—Me dijeron que sabían muchas cosas de mí, dando a entender que esas “cosas” tenían que ver con la “subversión”. Por su voz y su actitud parecía más bien un militar –cosa que más adelante confirmé. Se apropiaron de libros y papeles míos, y luego dijeron: “Ahora nos vamos a ir y vas a hablar por las buenas o por las malas”. Bajamos, me pusieron en el piso de un Falcon verde y me llevaron adonde yo creía que era el Departamento de Policía. Me pusieron una capucha. Yo tosía: era la única “prebamba” que podía mandar. Cuando me interrogaron (una media hora después), les

<sup>1</sup> Alianza Anticomunista Argentina, organización parapolicial de ultraderecha responsable de numerosos secuestros y asesinatos.

conté que era profesor de Flasco y que no era miembro de ningún grupo político, lo cual era estrictamente verdadero [había sido simpatizante del Movimiento de Izquierda Revolucionaria de Chile (MIR), pero a esta altura ya me consideraba “en otra” y pensaba que ese acercamiento había sido un extravío inexplicable]. Ya en las charlas que teníamos en 1975 con Juan Carlos Portantiero y con Juan Carlos Torre yo había empezado a revisar opiniones. Los tres teníamos una mirada crítica respecto del leninismo y tendíamos a una suerte de posición socialdemócrata.

No satisfechos con esas respuestas, me sumergieron en un tacho con agua (tortura denominada “submarino”) y cuando me sacaron, traté de explicarles que ni siquiera sabía lo que esas preguntas significaban. El uso desenfadado de las siglas por parte de mis captores chocaba con mi desconcierto y mi ignorancia casi total.

—*¿Qué sucedió después?*

—De ahí me pasaron a la Superintendencia de Seguridad Federal. Me volvían a llamar para interrogarme pero ya de otra manera, me decían “doctor” y me trataban de “usted”: “Doctor, usted es un perejil, los culpables están afuera, ¿para que se metió en este balurdo?”.<sup>2</sup> Yo pensaba, pero no decía, que eran ellos los que me habían metido en el “balurdo”. Aunque viajé a Chile varias veces después del Golpe, tampoco pude hacer mucho por Chile. A veces llevaba cartas, pero raramente sabía quiénes eran los destinatarios: sólo sabía que luchaban clandestinamente contra el régimen de Pinochet. El individuo que me interrogaba, a quien llamaban “coronel Quinteros”, me hizo saber que iba a estar en prisión dos o tres meses. Finalmente, los tres meses fueron veinte. Si te decían tres meses, había que multiplicarlo por cinco, considerando sólo la burocracia argentina y, sobre todo, la poco amigable burocracia militar. Los que salieron en libertad relativamente pronto, en diciembre de 1976, eran casi todos sindicalistas de nivel medio y bajo.

<sup>2</sup> “Perejil”: inocente; “balurdo”: complicación, problema.

—¿Porque tenían una organización mas fuerte detrás?

—En parte sí, pero más bien porque la mayoría formaba parte, salvo excepciones, de la reserva de “garrones”.<sup>3</sup> No habían hecho nada. Esas libertades daban pie a que se publicaran notas como una que salió en *La Opinión* hacia finales de 1976, titulada “Algo huele mejor en la Argentina”.<sup>4</sup>

—¿Tu familia logró saber tu paradero?

Sí. En el ínterin mi hermano se había puesto en contacto con un pariente, cuyo padre era militar, y para el 12 de abril me habían detectado. Estuve desaparecido tres días y cuando aparecí estaba vivo y entero. Afuera hubo muchos pedidos de salida. En Canadá<sup>5</sup> habían hecho una cadena de telegramas que contribuyó a que dejara de estar desaparecido a los pocos días.

Después me llevaron a Devoto. Nos repartieron en celdas. Hay pabellones celulares y pabellones colectivos, que se supone que son menos estresantes.

—¿Por qué?

—Porque entre todos organizan cosas, siempre hay alguien que sabe algo que te puede servir. Devoto era una vieja cárcel para presos comunes y

<sup>3</sup> En *La Bamba*, De Ípola define a los “garrones” como “individuos que fueron detenidos por error o por azar, sin militancia ni interés político alguno” y aclara, en una nota al pie, que los garrones “constituyen una suerte de ‘reserva’, periódicamente renovada, que puede sin riesgos ser puesta en libertad, cuando las campañas nacionales e internacionales a favor de los presos políticos arrecian”.

<sup>4</sup> La redacción de *La Opinión*—diario fundado por Jacobo Timmerman—reunió a muchos intelectuales y periodistas notables. Sus posturas progresistas en lo cultural fueron, sin embargo, más ambiguas en lo político. El título de la nota citada por De Ípola—aparecida a finales de 1976—es un indicio de esas ambigüedades. Sin embargo, esos coqueteos con la dictadura no impidieron que el diario fuera más tarde expropiado y clausurado y Timmerman secuestrado y encarcelado. Finalmente, el director de *La Opinión* logró exiliarse, pero fue despojado de la ciudadanía argentina, que luego recuperó con el retorno de la democracia. Emilio de Ípola tuvo acceso a la nota mientras estaba preso en la cárcel de La Plata.

<sup>5</sup> Donde Emilio de Ípola había vivido y trabajado.

el golpe era muy reciente: el sistema todavía no estaba “a punto”, en lo que hacía al entrenamiento de los guardias. Se podían hacer más cosas. Por ejemplo, los del PRT<sup>6</sup> me pidieron que diera un curso de marxismo. Empecé con una asistencia del 90% del pabellón, que después se fue dispersando. También lográbamos comunicarnos con otros pabellones, sobre todo con el de las mujeres, que eran mucho más combativas que nosotros. Nos gritaban por ejemplo, “Compañeros, acaba de llegar Norma Kennedy, asesina del pueblo”.<sup>7</sup>

—¿Cuándo entraste en contacto con las bombas?

—Cuando llegué a ese pabellón, eran más o menos las cuatro de la mañana, y a eso de las seis vinieron unos guardias que se llevaron a unos tipos que habían cometido algún delito financiero no muy grave. La historia de la bomba empezó en cierto modo ahí. Cuando cerraron la puerta oí que golpeaban la canilla y que alguien preguntaba:

—¿Qué pasó compañero?

—Se llevaron a unos tipos que estaban acá.

—¿Y qué dijeron?

—Nada. Ah sí, que los llevaban al pabellón seis.

—Ah!, al seis y ¿qué más?

—Nada más.

—Bueno, compañero, buenas noches.

Fiel a su proverbial sentido del humor, De Ípola suele matizar el drama-tismo de lo vivido, con aspectos risueños de lo cotidiano y se entrevistó una valoración especial hacia aquellos que, en semejante contexto, lograban aportar su dosis de humor. Por ejemplo, al recordar a los compañeros que le explicaron por primera vez el funcionamiento de las bombas relata:

<sup>6</sup> Partido Revolucionario de los Trabajadores.

<sup>7</sup> Norma Kennedy, dirigente de la derecha peronista, responsabilizada por los hechos conocidos como “la masacre de Ezeiza”, ocurrida el día del regreso de Perón a la Argentina; se sospechaba que había delatado a militantes.

—Al día siguiente conocí más gente.<sup>8</sup> Había dos chilenos cercanos al MIR, muy simpáticos, con quienes compartíamos una visión bastante crítica de la guerrilla y del propio MIR. Uno de ellos, Salinas, que cantaba muy bien, fue el primero en decirme que a los rumores se los llamaba “bembas”.

De Ípola recuerda, en varios pasajes de la entrevista, situaciones reveladoras de la importancia que los presos políticos adjudicaban a las bembas y los modos en que las sometían a reflexión y escrutinio. Tal análisis contemplaba no sólo el contenido de los rumores sino también los dispositivos que regulaban su producción y su circulación.<sup>9</sup> Esas distorsiones son un rasgo constitutivo del género, ya que sólo las bembas existen en tanto circulan: “la circulación de una bamba no podría ser considerada como un hecho posterior y por lo tanto separado de su producción” (2005:17). La bamba es un fenómeno de “nomadismo discursivo”, que implica, claro está, transformaciones, expansiones y matices, profundizados por la precariedad de los medios de transmisión:

—Uno se esforzaba por transmitir la información lo más comprobada y clara que fuera posible, pero no siempre lo lograba. A menudo surgían confusiones. A veces las distorsiones eran terribles. Había dos compañeros —Dardo Cabo y Rufino Pirlés—<sup>10</sup> que habían desaparecido. En el recreo, alguien llegó con la noticia de que estaban vivos en el pabellón seis. Decía que un compañero le había hecho una seña por la ventana indicando con el dedo hacia abajo. Él interpretó que los habían llevado al piso de abajo, pero la seña significaba que los habían matado.

<sup>8</sup> Ente sus compañeros de pabellón estaba el escritor Antonio Di Benedetto, “cuya sola presencia —recuerda De Ípola— hizo que otros escribieran y, además, que escribieran bien. Yo leí cuentos muy buenos, porque todo circulaba. Di Benedetto los comentaba con inteligencia.

<sup>9</sup> Tal es, por ejemplo, el caso de “Fofó un preso común, que era muy gracioso —de quien después se supo que era informante—, se acercaba a cualquier hueco de la pared, como la llave de luz y decía algo, parodiando la obsesión por comunicarse. Otro episodio es la representación burlona que se hizo en la cárcel de Devoto acerca de la manera en que las bembas se distorsionaban.

<sup>10</sup> En *La Bamba*, De Ípola menciona algunas de las circunstancias que rodearon el asesinato de estos detenidos, entre ellas “el indiscutido liderazgo de ambos militantes —sobre todo de Cabo— en el interior de la cárcel, liderazgo que se extendía no sólo a los miembros de su organización sino también al conjunto de la población del penal”.

El contexto de desinformación generaba avidez por los indicios que permitieran orientarse con respecto a la vida cotidiana y, fundamentalmente, reconstruir de alguna manera un horizonte de futuro —es decir, de libertad. Esto hacía que todo preso se convirtiera rápidamente en un fino analista de los escasos mensajes externos a los que podían acceder. La información de la prensa era objeto de una interpretación especialmente minuciosa. Por ejemplo, al referirse a la forma en que se relató en los diarios el asesinato de Pirlés y Cabo, De Ípola señala:

—Sobre el fusilamiento de Dardo Cabo y de Rufino Pirlés publicaron en el diario una reseña totalmente inverosímil para cualquiera más o menos informado. Decía que, cuando los trasladaban a la cárcel de Olmos, un comando montonero había intentado liberarlos. Eso era imposible porque, entre otras cosas, Olmos era una cárcel de mujeres y sabíamos que no podían trasladarlos intempestivamente. Sabíamos también que el día anterior habían dejado a Dardo Cabo un rato largo con la familia. Cosas que hacían para calmar la conciencia. Era un texto escrito deliberadamente para permitir una doble lectura: la de los ingenuos, que podían creer ese relato y la de los militantes, que se iban a dar cuenta de que se trataba de un asesinato liso y llano.

Este tipo de distinción de las lecturas en función del tipo de las condiciones de recepción, afectaba también, por cierto, la interpretación de las bombas. El eje credulidad/escepticismo frente a las bombas —señala De Ípola— estaba en relación directa con la experiencia política de los detenidos: cuanto mayor era la distancia respecto de la militancia activa en organizaciones de izquierda, más proclives eran a dar crédito sin retaceos a los rumores en circulación. El caso extremo era el de los “garrones”: “el garrón es el individuo más desamparado, el más carente de puntos de referencia, no sólo con respecto al sistema carcelario sino también [...] frente a sus compañeros que hablan un lenguaje que no es el suyo, que comparten o discuten experiencias que le son del todo ajenas, que sufren o se regocijan frente a hechos que no le conciernen” (2005:49).



*—Entre las condiciones de circulación de las bombas planteas que “la confiabilidad total como el escepticismo total son mortales para las bombas”.*

—Claro, la muerte de Santucho,<sup>11</sup> por ejemplo, no llegó a ser una bamba porque se confirmó en seguida. Había un gran interés del gobierno en hacerlo saber. La bamba es una creencia, es un enunciado cuyo tema dominante es la libertad. Eso no lo subrayo suficientemente en el texto. Un tema central era el restablecimiento de las opciones para salir del país. Todo el mundo pensaba que se iba a tener que ir, no creíamos en la idea de salir en libertad.

Otro tema frecuente eran los posibles traslados y también, en menor medida, algunas cosas de la vida cotidiana. Por ejemplo: “a partir de ahora van a sacar el azúcar”, cosa que efectivamente hicieron. Después apareció otro tema que nos preocupó y que eran los delatores, presos comunes, alojados con nosotros para actuar como informantes.

*—Existe una paradoja que señalas entre el control desmesurado y la contracara que es la necesidad de los prisioneros de comunicarse como estrategia de resistencia.*

—Eso era menos complejo en Devoto, pero en La Plata, donde me llevaron en septiembre de 1976, mientras nos trasladaban, yo iba espiando por una ventanita, tratando de adivinar adónde nos llevaban y veía gente que abría las ventanas de sus casas y aplaudía a la caravana.

En La Plata el personal carcelario estaba especialmente preparado. Existían algunas variantes entre los guardias, había algunos, un poco más buenos, que te decían cosas útiles, como “No pregunte nunca nada”. Eso era importante porque si llegabas a preguntar algo te mandaban a los “chanchos”, que eran las celdas de castigo. También ahí a veces te enterabas de algo, porque te encontrabas con gente de otros pabellones.

<sup>11</sup> Mario Santucho (1936-1976), fundador del PRT y comandante del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP).

—*Pese a las prohibiciones, señalas que “la bamba se burla de la compartimentación material del espacio y de los reglamentos que la refuerzan; redefine dicho espacio, lo desafía, lo transgrede, pone a menudo al desnudo sus debilidades”* (2005:55).  
 ¿Cuáles eran las estrategias para hacer circular la información?

—En Devoto era más fácil porque como cortaban el agua, limpiabas el inodoro y hablabas por las cañerías, pero muchas veces se trataba de mensajes que cumplían simplemente lo que Jakobson llama función fática:<sup>12</sup> “Hola! ¿cómo estas? –Bien”. En La Plata, en cambio, tenías que tener bastante inventiva para hacer circular los mensajes y además pasabas muchas horas del día aislado, pasábamos 20 horas por día encerrados en la celda, con dos horas de recreo por la mañana y dos por la tarde. Ahí aparecen y se multiplican formas de comunicación más sofisticadas, como los “caramelos”.

—¿Qué era eso?

—Era un papel donde uno escribía y lo envolvía en otro papel, atado a un piolín. Se hacía balancear por la ventana hasta que lograbas que llegara a la ventana de al lado. Exigía cierta habilidad porque si te veían, te mataban. Se usaba para las cosas que era necesario transmitir rápido y resultaba difícil hacerlo por vía oral. También a veces nos comunicábamos haciendo teléfono con los jarros en la pared –pero no se entendía nada– o con el lenguaje de los sordomudos, que era muy difícil.

—¿En qué consistía la urgencia para correr un riesgo tan grave?

—El que era dueño de una información inédita tenía cierta urgencia en transmitirla. Había que comunicarse de cualquier manera, sobre todo al principio, cuando había menos temor y más “militantismo”. Y, además, nos estimulaba el desafío de hacer el caramelo, de romper las reglas del

<sup>12</sup> Roman Jakobson, “Lingüística y Poética”, en *Ensayos de lingüística general*, Planeta Agostini, Barcelona, 1985. En ese texto clásico, el lingüista ruso –retomando a B. Malinowski– define la función fática del lenguaje como aquellos mensajes que “sirven sólo para cerciorarse de que el canal de comunicación funciona (oye, ¿me escuchas?), para llamar la atención del interlocutor o confirmar si su atención se mantiene”.

sistema. Había una deliberada voluntad de transgredir. Por eso, los del PRT estaban siempre dispuestos a colaborar aunque no creyeran en el contenido. Después de la muerte de Santucho decayó mucho todo eso. También había una cierta satisfacción para el que había sido el primer transmisor de una bamba. Si después se cumplía, era una victoria, sobre todo si no era una bamba muy negativa. Por ejemplo: “Vamos a poder dormir la siesta”, primero fue una bamba y luego se confirmó.

—*En el artículo señalas que era importante que las fuentes de los rumores fueran externas a la cárcel, ¿cuáles eran las fuentes?, ¿cómo las evaluaban?*

—En primer lugar, nos dejaban leer los diarios y hacíamos una lectura muy afinada. Uno podía tomar eso como base para una bamba. Por ejemplo, si decía algo como “Se restablecerían las opciones” en medio de un artículo en el que había un claro esfuerzo por ofrecer una imagen simpática del gobierno, uno podía darle cierta importancia. Se argumentaba al respecto. Yo decía, “Por algún motivo lo ponen, podría no estar”, pero eso era limitado porque la prensa no hablaba de una cantidad de cosas. También la correspondencia tenía límites, te sacaban las cartas, sólo podías conservar tres. Algunas las recibías con una leyenda que decía CENSURADO.

—*¿Te las tachaban?*

—Las “sellaban” con esa leyenda, o cuando había malas palabras las subrayaban admonitoriamente. A veces te ponían artículos de diarios que hablaban de las cosas malas que hacían los comunistas.

Otra fuente eran las visitas. La mayoría de los familiares no sabía nada de política —a veces incluso no tenían tanta antipatía por el gobierno—, pero en ocasiones podían ser buenos informantes porque habían ido a algún comando y traían algún dato. A veces con errores por el desconocimiento. Una vez la madre de un detenido trajo la novedad de que antes de liberarnos, nos tenían que iniciar una causa. Después nos dimos cuenta de que era un malentendido, originado en un funcionario que hablaba de que primero había que “encauzar las cosas”. Era importante que hubiera fuentes externas o algún índice que viniera de fuera del imaginario político carcelario. Los sacerdotes —un cura y un rabino— también aportaban

información. A mi compañero de celda, Baldomero Álvarez Grossman, lo visitaban ambos, para desconcierto de los guardias. Al personal interno, en cambio, no se le podía preguntar absolutamente nada, con excepción de una oficina donde me presenté para hacer el segundo pedido de salida del país. Ahí me dijeron que creían que en ese segundo pedido a muchos nos iban a decir que sí. Pero lo transmití a muy poca gente porque no lo creía, pese a que yo tenía una imagen positiva de mi situación.

Beatriz Sarlo dedica parte de su ensayo, “Tiempo pasado” (2005), a analizar la excepcionalidad de “La Bemba” en el marco de los testimonios y escritos referidos a la experiencia carcelaria. Ahí subraya que esa excepcionalidad está dada por el modo en que “la teoría ilumina la experiencia”:

El texto pone en escena un drama de la identidad sólo en la medida en que es producto de la reapropiación de un capital intelectual cuya utilización no queda limitada a la defensa de una primera persona narrativa [...] El singular vínculo entre el sujeto testimonial y el analista se pone en escena a través de una estrategia expositiva singular: reparte la materia del artículo colocando su experiencia en la cárcel en notas al pie de página, ostensiblemente fuera del cuerpo principal del texto donde tienen lugar las operaciones sociosemiológicas, los análisis y las hipótesis. La experiencia en nota al pie y letra chica es una base empírica indispensable, pero se la muestra en cuerpo menor.

—¿Cómo relacionas las observaciones que hace Beatriz Sarlo con tu trabajo sobre la bamba?

—Yo digo que era un testimonio ordenado, más analítico y menos narrativo. También había cosas que no quería decir porque en el momento en que escribí el artículo, muchos de mis compañeros seguían presos. El final, por ejemplo, se refiere a mi ex esposa, pero era mejor no mencionarla.<sup>13</sup> Los presos suelen sufrir las consecuencias de declaraciones hechas afuera. Aunque sean hechas en su defensa, desatan represalias adentro.

<sup>13</sup> El artículo se cierra emulando las bombas: “Parece que mi amigo saldrá pronto, que la demora en ser liberado es de orden puramente administrativo, que su expediente ya está en el Ministerio del Interior, que un coronel del Comando del Cuerpo II dijo que...”.

—*Lo escribiste inmediatamente después de ser liberado...*

—Lo peor para mí en prisión era el hecho de no poder tener una vida intelectual satisfactoria. Podía leer algunas cosas, como el diccionario de Ducrot y Todorov, pero al salir sentía una gran urgencia de actualizar el conocimiento. Primero fui a París, donde hablé con amigos para que me contaran lo que habían leído en esos dos años. Eliseo Verón, que estaba cerca de lo que yo hacía, en seguida me llevó a su casa y me dio bibliografía. En ese momento él estaba dirigiendo un número de *Comunicaciones*, donde salió “Le hibou”.<sup>14</sup> Compré muchos libros y después me fui a México, donde había una buena biblioteca. Ahí me reencontré con muchos intelectuales argentinos exiliados: Pancho Aricó, Juan Carlos Portantiero, Óscar Terán, Nicolás Casullo, Jorge Tula. Para mí era importante poner a prueba mi capacidad de escribir. No me gustaba cuando me decían: “¡Qué suerte que pudiste escribirlo!”. Sentía como si supusieran que me podía haber vuelto tonto.

—*¿Cómo nace tu interés por los fenómenos discursivos?*

—Mi interés por los fenómenos discursivos es una derivación de mi interés por el estudio de las ideologías. Mi generación estuvo formada en un marxismo bastante abierto, posterior al XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS)<sup>15</sup> y, por lo tanto, con cierta libertad de investigación. También en esos años aparecieron los *Manuscritos del 44*, de Marx, donde se hace hincapié en la idea de la subjetividad, en el papel de los actores. Todo eso me inclinó a interesarme en los problemas que planteaba el estudio de las ideologías. La noción misma de ideología en Marx era normalmente negativa —sobre todo en *La ideología alemana*— y se refería casi siempre a la filosofía idealista alemana. Eso me llevó a discutir el

<sup>14</sup> “Le hibou”, *Communications*, 28, París, 1978, pp. 69-124.

<sup>15</sup> El XX Congreso del PCUS, celebrado en febrero de 1956, marcó el fin del stalinismo. Nikita Jruschov denunció, en un informe secreto presentado ante el Congreso, los crímenes del régimen de Stalin —muerto en 1953—, rehabilitó a muchas de las víctimas de esos crímenes, y dio paso a una etapa de apertura, mucho menos dogmática que la vigente hasta entonces, en el campo marxista.

concepto de ideología sin rechazarlo totalmente. En ese momento yo estaba en París y frecuentaba los cursos de Barthes sobre retórica y de Althusser, quien trabajaba en torno al problema de la ideología.<sup>16</sup>

La distinción entre ideología y lo ideológico la leí por primera vez en Althusser, en el *Curso de filosofía para científicos*, que no tuvo mucha repercusión ya que poco después de su aparición, en 1968, se borró todo interés en la epistemología marxista. Sin embargo, permaneció en mí la idea de que había que volver sobre lo discursivo. Al mismo tiempo leía trabajos de otra gente: Eliseo Verón, Michel Pêcheux, T. Todorov, Paolo Fabbri y otros que he olvidado. Yo mismo fui pensando por mi cuenta una primera distinción entre la producción y la circulación en la ideología, era una analogía con el proceso de producción de mercancías, pero no tomaba en cuenta la recepción o el consumo. Aunque para mí, en la circulación estaba incluido el consumo.

—¿Cuáles eran los ejes del debate?

—En un momento, Verón vino a la Argentina a dar una serie de charlas en las que habló de los tres procesos —producción, circulación y consumo. Ahí hablamos y discutimos sobre algunas cosas como los análisis de Barthes.

Pero todavía no había nada desarrollado, estaban dichas las palabras pero se partía del supuesto de que en la base la lucha de clases determinaba todo lo demás. Por lo tanto, las ideologías remitían a la clase. De lo ideológico mucho no hablábamos pero lo teníamos presente, como problema.

Yo decía que la ideología era un concepto poco útil. El hecho de que el término “ideología” admitía cualquier adjetivo sin venirse abajo era un indicio de su indeterminación. Verón, por su parte, decía que era un concepto indispensable, porque no había otro, lo cual es otra manera de llegar a la misma conclusión. En eso coincidimos e incluso hicimos alguna cosa juntos.

Más adelante, en 1979, en un seminario que se hizo en Quebec, volvimos a debatir estas cosas. Eliseo Verón decía que la ideología

<sup>16</sup> Acerca de la experiencia intelectual de esos años, véase De Ípola, *Althusser, el infinito adiós*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires.

existía únicamente en producción y yo le planteaba que eso entraba en conflicto con la noción de efecto ideológico que él utilizaba. Con mucha honestidad después me dio la razón. Porque la recepción plantea una serie de problemas muy difíciles y, en ese momento, nos preocupaba pero no sabíamos como encararlo claramente.

En el momento en que escribí *La Bemba*, yo no sé si tenía todos los elementos, pero tenía casi todo. Por ejemplo, verás que en el artículo yo no hablo de marcas o huellas, cosas que después fui aprendiendo, a partir de lecturas que hice gracias a Sofía Fischer y a Culioli, que era su maestro y que trabajaba en temas lingüísticos, vinculados a cuestiones que me interesaban. Ahora, te diré, que al escribir el texto usaba esas herramientas como orientación general. Me resultaban útiles porque eliminaban una cantidad de falsos problemas, pero hay saltos que hay que dar, atreverse a plantear hipótesis a pesar de que no las puedas demostrar apodícticamente. Por eso le doy a este artículo el carácter de testimonio ordenado. Pensaba continuarlo en algún momento y, de hecho, lo hice en *Las cosas del creer*,<sup>17</sup> pero eso fue más bien por “la contingencia de la aleatoriedad”, de casualidad, bah...

—*También en la nueva edición de La Bemba incluye una referencia que hace Jean Paul Sartre en las Cartas al Castor sobre los rumores en los campos de concentración durante la guerra —las “cravattes”.*

—Muchos antecedentes los descubrí después de haber escrito el texto. Sabía que estos rumores tomaban el nombre de las radio-bombas cubanas, pero no le concedí mayor importancia porque el hecho mismo de que se llamaran radio-bombas señalaba que su origen eran informaciones tomadas de la radio y transmitidas luego de boca en boca. En cambio, nosotros no teníamos radio, y eso complicaba el problema de conseguir información. Pero las cosas que me sorprendieron más fueron el comentario que hace Sartre<sup>18</sup> e incluso el propio Gramsci, que cuenta por ejemplo, cómo se

<sup>17</sup> *Las cosas del creer*, Ariel, Buenos Aires, 1997.

<sup>18</sup> Cita De Ípola a Sartre en la Introducción a *La Bemba*: “Habría que hacer un pequeño estudio sociológico sobre las *cravattes*. Son algo extraordinario tanto por su riqueza y precisión como por la velocidad de su propagación”.

imaginaban los otros presos que él era físicamente, sabiendo que era un gran pensador y la decepción que se llevaron cuando vieron a ese alfeñique. También dice que cuando transmitían su llegada, le iban cambiando el nombre –Gramasci, Gramusci. Es decir, eran pequeñas bombas.

—*Otra de las referencias teóricas que empleas en La Bamba se vincula con la idea de panóptico.*

—En efecto, no es que quisiera discutir con Bentham, sino marcar que, en su planteo, la idea de vigilancia es disuasoria, no persecutoria como en la cárcel política. Las celdas permanecían cerradas, sólo había un pasaplato que uno no debía abrir y una mirilla por la que se podía ver de afuera hacia adentro. El piso era de goma, de modo que no se oía cuando alguien se acercaba. La única señal, si aguzabas el oído, era el ruido de la puerta cuando entraban al pabellón. Era habitual que los guardias llegaran muy despacio para espiarte y, eventualmente, castigarte.

También cuando hacían el recuento, se supone que lo anunciaban en voz alta –lo que no era cierto– y tenías que ponerte de pie en la celda. Pero también los guardias agregaban algo de su cosecha, por ejemplo, daban la orden en voz muy baja, de modo que no la oías, y eso era un motivo suficiente para que te mandaran a “los chanchos”. Había diferencias entre los guardias, algunos se creían en la obligación de ser terriblemente malos, pensaban que podían ser crueles con los presos y después vivir una vida normal. Eran muy jóvenes y se los veía muy desorientados.

Pero a veces aparecían tipos humanos, que a uno lo ponían un poco en contradicción con algunas de sus ideas. Por ejemplo, recuerdo a uno, joven, a quien se le cayó la llave de nuestra celda y dijo: “Van a salir en libertad”: era un dicho, una creencia: cuando se caía la llave, significaba que el preso quedaría libre pronto. Fue muy bueno que lo dijera. Después, vi que no tenía que ver con lo real, pero si te decían algo así, te agarrabas de la frase, no del fundamento.



—En Las cosas del creer *retomas la cuestión de las bombas, en relación con el episodio de la crotoxina*<sup>19</sup> y en ambos casos planteas una relación entre creencia y comunidades amenazadas.

—Efectivamente, la bamba es una subclase de los rumores, de alcance limitado, pero el rumor de la vida cotidiana también tiene ciertos límites porque, en general, sólo aquel que tiene algún tipo de interés en el tema lo reproduce. Aquello que hace la situación del rumor posible es que no puedes comunicar un rumor sino a alguien con quien tengas cierta solidaridad o confianza. Primero, porque puedes quedar como un tonto y, segundo, porque comunicar un rumor es como dar algo al otro, aun cuando el rumor fuera negativo. En la prisión, la amenaza era la posibilidad concreta de que te mataran, había casos de personas sacadas de la cárcel y asesinadas. En el caso de la crotoxina, la amenaza era el cáncer, un poco más siniestra, porque era más impersonal. La creencia en la crotoxina funcionaba como una defensa poderosa contra la amenaza. Y como nadie cree solo, se generan lazos comunitarios. Si el otro cree, es mi amigo.

Entonces circulaban rumores a veces absurdos. Héctor Vázquez, director de una asociación nacida en ese contexto —“Crotoxina esperanza de vida”—, que no tenía cáncer, argumentaba que la crotoxina servía para curar muchas otras enfermedades, como si fuera una suerte de elixir mágico. Y, por lo tanto, decía que iba a matar a Conrado Storani —por entonces ministro de Salud de la nación—, si no permitía que se siguiera distribuyendo. Porque si eres tan radical en tu creencia, puedes ser igualmente radical en actos menos inocentes.

<sup>19</sup> En 1986, el médico argentino Luis Costa anunció por televisión que había descubierto una droga que curaba el cáncer. Sin embargo, autoridades científicas desmentían que la droga tuviese tales virtudes y pusieron fin a su elaboración y administración a pacientes enfermos. “A partir de ahí se sucedieron una serie de demandas, acusaciones, manifestaciones callejeras, pronunciamientos científicos de instituciones profesionales, y sobre todo no profesionales (por ejemplo, la CGT, algunos partidos políticos, las Madres de Plaza de Mayo, etcétera) [...] todo lo cual —ampliamente promocionado por los medios de comunicación— dio lugar a un estado de conmoción pública de alcances insospechados y sin antecedentes en la sociedad argentina”. De Ípola, 1997, p. 64.

—*Fue muy curioso el papel que cumplieron los medios y otras organizaciones sociales frente a ese caso.*

—En efecto, en la televisión aparecía por ejemplo, una mujer llorando y decía que ella quería que su marido muriera *con* la crotoxina. Es decir, ella era consciente de que la droga no lo curaría. Los efectos que tenía eran que te euforizaba un poco, les volvía a crecer el pelo, volvían a tener apetito... Ahí había una cuestión que yo discutía un poco con los representantes de las ciencias duras. Tengo mis dudas acerca de que se le pueda negar a un enfermo terminal algo que cree que le hace bien, aunque no le haga nada. Por cierto que hay que distinguir esas situaciones de las campañas como la de Romay (dueño de una canal de televisión), que decía: “El pueblo ya eligió”, o como algunos partidos, las Madres de Plaza de Mayo o la CGT, que difundían declaraciones pro-crotoxina totalmente fuera de lugar.

Pasaron treinta años desde los hechos que dieron lugar a la escritura de *La Bemba* y la relectura del texto invita a retomar problemas teóricos y metodológicos sobre la comunicación, las creencias y el poder que siguen vigentes para la disciplina. El trabajo de De Ípola es también —tal vez fundamentalmente— un ejemplo del tipo de operaciones intelectuales que actúan como “defensa ante cualquier versión ingenua o ‘realista’ de la experiencia”, como aquella que supone que “la experiencia entrega directamente la intelección de los elementos que la componen” (Sarlo, 2005). Por eso mismo, al ponerla en cuestión permite iluminarla desde una perspectiva nueva. En suma, *La Bemba* (2005) nos sitúa, una vez más, frente a la pregunta acerca del papel del intelectual, en particular, sobre las condiciones de ejercicio de ese papel bajo un sistema oscuramente consciente de que existe “una cierta impotencia de la autoridad ante ese saber imposible de contrabalancear efectivamente y que la lógica del sistema carcelario se contenta con tratar de neutralizar, impidiéndole ejercerse”.

## Bibliografía

- De Ípola, Emilio (1997), *Las cosas del creer*, Ariel, Buenos Aires.  
 — (2005), *La Bemba, acerca del rumor carcelario*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires.

—— (2007), *Althusser, el infinito adiós*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires.

Sarlo, Beatriz (2005), *Tiempo pasado*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires.

Zires, Margarita (2005), *Del rumor al tejido cultural y saber político*, UAM-Xochimilco, México.